RODOLFO MENDOZA

FUNDADOR Y DIRECTOR EJECUTIVO DE "DIESTRA". DIRECTOR EJECUTIVO EN APRODICA. ABOGADO Y NOTARIO CON ESPECIALIDAD EN ESTUDIOS ESTRATÉGICOS, ES CONSULTOR PROFESIONAL Y CONFERENCISTA INTERNACIONAL.

GUATEMALA, A UN AÑO DE LAS ELECCIONES

POLÍTICA

Los últimos procesos electorales en la región han mostrado un descontento generalizado de las poblaciones con sus políticos tradicionales, tanto de derecha como de izquierda, lo que ha dado paso a la aparición de líderes populistas y de partidos no tradicionales capturando la imaginación del votante a través de llamar a un cambio del sistema. Ha quedado claro que la población está cansada del modelo democrático tal cual y, en algunos casos en Centroamérica, no temen acudir a modelos más autoritarios que ofrezcan cambios radicales mientras atienden sus necesidades básicas.

Nos dirigimos al próximo proceso electoral en Guatemala con la celebración de la primera vuelta a menos de 10 meses, el domingo 25 de junio del 2023, y el balotaje en menos de un año. Temores y sin sabores dominan el ambiente en una elección que no ofrece una expectativa trascendental de cambio para el país, sino "más de lo mismo". No hay conciencia generalizada en la población de que estamos en cuenta regresiva, con excepción de los pocos que participan en las asambleas partidarias, aún hay muchas dudas sobre qué candidatos participarán, pero sobre todo a quienes dejarán inscribirse, y para muchos la ilusión de un cambio sigue estando demasiado lejos.

No ayuda para nada que los principales líderes políticos se ven atemorizados de pronunciarse sobre los temas coyunturales del país por temor a una amonestación del Tribunal Supremo Electoral por considerarlo campaña anticipada, una reforma que nos dejó la influencia de la extinta CICIG, lo que ha anulado la discusión y la propuesta de ideas. La alianza oficialista parece cómoda bajando el volumen al clima electoral, lo que desmotiva el emprendimiento político y al activismo cívico, mientras le facilita la gobernabilidad.

En resumen, por ahora **parece nulo el entusiasmo por las elecciones y poco esperanzador sus resultados, predominando la apatía, tanto en el electorado como en los oferentes políticos.** Hay mucha falta de credibilidad en la vida política guatemalteca, por lo que nos esperan unos meses insípidos hasta que se active la propaganda electoral a finales del mes de marzo. Pero, ¿cómo llegamos hasta aquí, mientras en la región muchos países parecen atravesar una primavera democrática?

LA RUPTURA DE LA ALTERNABILIDAD

En Latinoamerica se han realizado 16 elecciones presidenciales desde mediados del 2018, y en quince de ellas ha resultado ganador el candidato de ideología opositora al gobierno. En aquellos países en los que la izquierda gobernaba, ha ganado la derecha, como Uruguay, Costa Rica o Ecuador, y en aquellos donde gobernaba la derecha ha quedado electo uno de izquierda, como sucedió en Chile, Honduras o Colombia. Todo parece indicar que Lula en Brasil será el siguiente en línea en continuar esa tendencia. Más que un problema de izquierdas, la región tiene uno de hartazgo.

¿Cuál es el único país que ha sido excepción a esta corriente latinoamericana? Si, lo adivinaste. **En Guatemala se han sucedido tres gobiernos consecutivos con presidentes de corte nacionalista, conservador y derechista, una rareza en la región en estos días.** Estos gobernantes no pertenecen al mismo partido ni tienen cualidades similares, pero todos vienen de la misma cepa, cortados con la misma tijera. Si las encuestas prueban ser veraces, nos dirigimos hacia un cuarto gobierno del mismo pensamiento.

No siempre fue así; desde el inicio de la era democrática se alternaron las ideologías presidenciales elección tras elección, hasta que esta alternabilidad se rompió. Del conservador Arzú, quien firmó la paz, pasamos al Populista Portillo, al pro empresarial Berger y al social demócrata Colom, para luego elegir al general retirado Otto Pérez Molina. En ese momento, de cara a las elecciones, las encuestas indicaban que la siguiente elección la ganaría alguien de centro izquierda, pero entonces sucedió el punto de quiebre, la "era CICIG".

Esa comisión internacional, liderada por quien ahora es el Ministro de Defensa del gobierno de Gustavo Petro en Colombia, alteró el orden de las cosas, y de paso se vino al suelo la famosa "alternabilidad presidencial". A través de persecuciones penales apoyadas por fuertes manifestaciones urbanas, el colombiano Ivan Velásquez se convirtió, sin acudir a las urnas, en la figura más poderosa en el país, y la CICIG en un poder paralelo que efectivamente **gobernó por más de tres años, ejerciendo control en las Cortes y el Congreso, la Fiscalía y la Procuraduría de Derechos Humanos, logrando reformas a la Carrera Judicial y a la Ley Electoral**, y quedando a sólo dos votos de lograr una reforma constitucional.

EL AHOGO DE UNA ILUSIÓN

Ese fue el "punto de quiebre", el momento del cambio. Así como Chile experimenta con el suyo y Colombia se dirige hacia el propio, los guatemaltecos vivieron en ese 2015 la ilusión de cambiar el rumbo del país, de volverlo más democrático, inclusivo y transparente. Pero ese intento fracasó rotundamente. Impulsado principalmente por acusaciones penales, muchas con grandes falencias, la ilusión pronto se cambió en temor y la unidad en polarización, vaciando la plaza en el proceso.

La élite política, sintiéndose amenazada, reaccionó. Logró convencer, con mucho acierto, que la CICIG actuaba movida por intereses ideológicos y particulares, y que su expulsión era necesaria para retomar el rumbo del país. Así, meticulosamente, retomó y concentró de nuevo el poder, retornando al orden acostumbrado de la vida política nacional, y de paso, se alcanzó la continuidad de la derecha conservadora al frente del gobierno. **No queda en el país ningún líder con credibilidad de esa "revolución social" capaz de capturar de nuevo la imaginación del votante, de motivar a un cambio.** Lo que queda es una apatía generalizada, una sociedad dividida y la resignación de que estas próximas elecciones son intrascendentes, que nada cambiará.

Mientras muchos países en Latinoamérica viven un despertar social liderado por movimientos juveniles, los jóvenes chapines parecen pensar más en migrar que en votar. De 2.2 millones de ciudadanos comprendidos entre 18 y 25 años de edad, solo 900,000 están empadronados; el resto no muestra mayor interés por las elecciones o la vida política nacional. Existen propuestas de oposición, como las de los **movimientos campesinos que trabajan arduamente en adoctrinar y levantar liderazgos en zonas rurales, pero en ninguno de ellos hay líderes carismáticos o preparados que atrapen el voto popular**, como lo fue Gabriel Boric para Chile, Petro o Francia Marquez para Colombia o Bukele para El Salvador.

Con una oposición dividida que le cuesta articular propuestas comunes, todo parece indicar que la derecha que favorece la estabilidad del sistema volverá a alzarse con el triunfo. Mientras esto provoca continuidad y certeza en el corto plazo, lo hace al costo de la insatisfacción social contra la élite política, lo que en algún momento podría ser aprovechado por un oportunista con un mensaje más cautivador. Por el momento, la ciudadanía urbana parece que se ha acomodado a la gobernabilidad que esta continuidad ofrece, enfocándose en la reactivación económica mas que en la debilidad del sistema político, algo que parece venirle muy bien al gobierno actual.